

EDICIÓN 287 - MAYO 2023

EL ROL DE AMÉRICA LATINA EN LA ERA DE CHAT GPT

Automatización y dependencia

Por Bruno Massare*

¿Qué lugar puede ocupar América Latina en el nuevo orden mundial de la inteligencia artificial (IA)? ¿Cómo será su impacto en el empleo, la vida cotidiana y la diversidad cultural? Una declaración realizada por investigadores debate de manera crítica el uso, la regulación y el desarrollo de la IA a nivel regional.



Yves Tanguy, Les jeux nouveaux, 1940

“Sabemos del potencial productivo de los sistemas de inteligencia artificial, así como los riesgos que conlleva su crecimiento irreflexivo”, se lee en el comienzo de la “Declaración de Montevideo sobre Inteligencia Artificial y su impacto en América Latina”, una carta publicada en marzo de este año (1) por algunos de los principales referentes del campo en la región, que se reunieron en la Conferencia Latinoamericana sobre Inteligencia Artificial (Khipu 2023) que se realizó en la Facultad de Ingeniería de la Universidad de la República, en Montevideo, Uruguay.

La declaración es a la vez una respuesta y una toma de posición desde América Latina hacia la carta encabezada ese mismo mes por Elon Musk y un extenso grupo de científicos, intelectuales y empresarios acerca de la necesidad de pausar durante seis meses los desarrollos de modelos de inteligencia artificial más potentes que Chat GPT-4, debido a los profundos riesgos que implicarían para la sociedad y la humanidad, y recordando que también se ha puesto en pausa el desarrollo de otras tecnologías con un potencial efecto catastrófico, como la clonación humana (2).

En los riesgos que entraña el desarrollo sin control de modelos de aprendizaje automático, o de lo que se conoce como inteligencia artificial general –sistemas multipropósito capaces de generar contenido nuevo, por ejemplo, en textos e imágenes, y en cuyos resultados y respuestas se conjugan grandes capacidades computacionales con el uso de redes neuronales que les permiten ser “entrenados” y evolucionar en su

rendimiento–, coinciden ambas cartas. Pero la Declaración de Montevideo va un poco más allá y demanda que estos sistemas cumplan con los principios rectores de los derechos humanos, de respetar y representar diferencias culturales, geográficas e ideológicas, entre otras, de no reforzar estereotipos o profundizar la desigualdad, de integrar las particularidades de las idiosincrasias latinoamericanas, y de preservar la soberanía en la adopción de estas tecnologías.

La carta de Musk –publicada por el Instituto Future of Life, organización financiada casi en su totalidad por la Fundación Musk– no parece haber generado un efecto concreto a nivel gubernamental ni en los laboratorios de las empresas, que han criticado al dueño de Tesla (que hasta 2018 fue inversor de OpenAI, la empresa dueña de Chat GPT, hoy propiedad de Microsoft) por su vaguedad o adjudicándole interés personal en demorar el desarrollo de estos productos (3). De hecho, solo parecen acelerar el paso: Microsoft negocia con Samsung el reemplazo del buscador Google por el suyo, Bing, integrado a Chat GPT, mientras que Alphabet decidió fusionar a sus dos grandes laboratorios de investigación, Google Brain y DeepMind, para no perder la carrera contra su rival (4).

Todo esto ocurre en el marco de una disputa por la supremacía de las tecnologías de inteligencia artificial, con un amplio espectro de aplicaciones desde la industria hasta la defensa, entre Estados Unidos y China, que sólo tiende a crecer con el paso del tiempo. En el medio, Europa trata de hacer su camino con un caudal de inversión en el área mucho más bajo y con una mayor impronta regulatoria. El resto del mundo en su mayoría hace de espectador, con algunos países que decidieron apostar fuerte en este campo, como India, Rusia y Japón. En este escenario es donde las consignas de la Declaración de Montevideo también se vuelven preguntas: ¿qué lugar le queda reservado a América Latina –y, por extensión, al resto de los países menos desarrollados– en este nuevo orden mundial de la inteligencia artificial?; ¿cuál será el impacto de estas tecnologías en el empleo y qué mecanismos pueden mitigarlo?; ¿qué margen de intervención tendrán estos países a la hora de adoptar o regular estas herramientas?

Riesgos y extractivismo

“Lo que pensamos a la hora de hacer la declaración es que, si vamos a usar inteligencia artificial, no queremos ser meros consumidores ni mano de obra barata desde nuestra región”, dice Fernando Schapachnik, investigador de la Universidad de Buenos Aires (UBA) en Ciencias de la Computación y director de la Fundación Sadosky, organismo público-privado que articula políticas en el área de la informática y las comunicaciones. Schapachnik, uno de los firmantes de la Declaración de Montevideo, dice que entre las principales preocupaciones que se quisieron manifestar estaba la denuncia sobre el extractivismo de datos, la pérdida de empleos, la falta de respeto a las idiosincrasias, la necesidad de establecer criterios de riesgo y exigir salvaguardas desde el diseño mismo de estas aplicaciones.

En términos de empleo, uno de los debates gira alrededor de si debe automatizarse todo trabajo pasible de ser automatizado, o si debieran establecerse límites artificiales, como cupos en las empresas o exigencias de reconversión laboral cuando se reemplacen humanos con máquinas. Si bien los trabajos de escritorio de baja y media complejidad aparecen entre los principales amenazados, la lista de ocupaciones con potencial de ser reemplazadas por sistemas de inteligencia artificial se extiende a una multiplicidad de tareas y ramas de la industria (5).

“En poco tiempo veremos a estos sistemas conectados a los *back end* empresariales. Si bien esta preocupación es global, sabemos que el impacto va a ser muy fuerte en América Latina por la calidad del

empleo y las dificultades para reconvertir a la fuerza laboral. Esto nos ha llevado a que la discusión sobre si estos sistemas son inteligentes o no deje de ser relevante, porque el capitalismo no requiere un estándar perfecto, sino algo suficientemente bueno, con lo que eso alcanza para reemplazar muchas tareas que hoy realiza gente que se ha formado para eso y que puede verse desplazada de un día para el otro”, dice Schapachnik.

El debate sobre qué trabajos serán reemplazados no debe hacer perder de vista otro no menos vital, sostiene Kate Crawford en su *Atlas de inteligencia artificial*, con respecto a “cómo los seres humanos son tratados cada vez más como robots y lo que puede significar para la función de la mano de obra”. Crawford se refiere a otro efecto de la inteligencia artificial: el aumento del monitoreo, la evaluación algorítmica y las métricas de productividad predeterminadas que se imponen a los trabajadores en muchas organizaciones, como ha sido el caso de los centros logísticos de Amazon (6).

Luciana Benotti, investigadora y docente de la Facultad de Matemática, Astronomía, Física y Computación (FAMAF) de la Universidad Nacional de Córdoba, y otra de las especialistas que firmaron la Declaración de Montevideo, pone el acento en el extractivismo de datos que entrena a estos sistemas de inteligencia artificial y sostiene su modelo de negocio. “Ahora aportamos datos crudos y recibimos inteligencia artificial casi de la misma manera que exportamos granos e importamos comida elaborada. En algún momento se tendrá que discutir qué tipo de impuestos se les cobrará a estas empresas por las ganancias que les genera el aporte de materia prima que hacemos con nuestros datos”, dice Benotti, que se especializa en procesamiento de lenguaje natural, una de las áreas de inteligencia artificial de mayor crecimiento en la última década y que permitió la gran evolución que tuvieron los chatbots.

Benotti, quien el año pasado se convirtió en la primera latinoamericana en asumir la presidencia de la Asociación Norteamericana de Lingüística Computacional, también advierte sobre el riesgo de la presencia de múltiples sesgos en el diseño de los algoritmos que contienen estos sistemas, tanto en cuestiones de género como raciales (7), pero también culturales. “Son cosas que tienen impacto en lo que consumen las personas, por ejemplo, cuando uso la opción de autocompletar en el buscador. Lo que me sugiere, o los textos que me recomienda, es algo que está predeterminado culturalmente por quienes lo diseñaron. Son cosas que todavía no sabemos cómo impactan en nuestra sociedad, faltan estudios al respecto y tampoco hay financiamiento para hacerlos”, dice la investigadora de la FAMAF.

Además de los sesgos que traen por diseño estos sistemas, herramientas como Chat GPT tienen errores recurrentes. Si bien cuentan con una capacidad para procesar lenguaje muy sofisticada y han sido entrenados en un volumen muy grande de datos, también presentan errores inesperados y que en muchos casos no pueden explicarse.

“No sabemos exactamente cómo lo hace”, declaraban los especialistas de AlphaGo en el documental homónimo de 2017, en el que se podía ver cómo el sistema creado por Google Deep Mind, de Alphabet, derrotaba al entonces campeón mundial del juego de mesa Go (8). O, como dijo el sociólogo David Beer, “hay muchas posibilidades de que cuanto mayor sea el impacto que la inteligencia artificial llegue a tener en nuestras vidas, menos entenderemos el cómo o el porqué” (9).

El funcionamiento de los sistemas de inteligencia artificial parece volverse más opaco a medida que evoluciona. “A veces no sabemos bien cómo se producen estos errores y es necesario entender dónde se

pueden equivocar. Lo que sucede es que cuando trabajamos con redes neuronales profundas perdemos explicabilidad y a veces no podemos explicar un error. Otra cosa poco estudiada es que uno de los errores es la alucinación, el inventar hechos que parecen ciertos, pero son falsos. Inclusive puede ser que durante un tiempo el sistema siga inventando y dando detalles que parecen ciertos. Es algo que sucede con Chat GPT y que debe estudiarse más”, advierte Benotti.

Esa caja negra en el funcionamiento de un sistema de inteligencia artificial pone una luz de advertencia sobre cierta tendencia natural a otorgarles a los sistemas computacionales una posición de superioridad para la evaluación de las cosas, a partir de ecuaciones que, por el valor de verdad que se les otorga, “se imponen sin ambigüedad dentro de los plazos más reducidos y de modo siempre más automatizado respecto del curso de los asuntos humanos”, como sostiene el filósofo Éric Sadin (10).

¿Y entonces qué?

En un juego en el que parece imponerse la cultura del Silicon Valley de probar, fallar y luego volver a probar, el uso del principio de precaución choca frente a esta tendencia de liberar productos para luego evaluar sus efectos. “No estamos hablando del software de una heladera que me dice qué tengo que comprar, sino de algo que impacta en nuestras vidas a otra escala”, dice Benotti con respecto a cómo los ingenieros de OpenAI fueron lanzando nuevas versiones de Chat GPT al estilo de una solución en busca de un problema, con el fin de que la sociedad en conjunto fuese evaluando sus fallas y riesgos.

Esa aproximación, criticada por muchos especialistas del campo de la inteligencia artificial, llevó a que en distintas partes del mundo se avance en propuestas para regular el desarrollo y la adopción de estas tecnologías. La UNESCO y la Unión Europea son ejemplos de avances en este sentido, al igual que la Global Partnership on Artificial Intelligence (11), de la que la Argentina forma parte.

Pero ¿cuál es el margen de acción? Una posible combinación de una regulación supranacional con una agencia de regulación local es vista como un escenario deseable por Schapachnik: “Lo que decimos es ‘no nos revoleen la inteligencia artificial generativa como si fuera una solución a todo porque no lo es’. Necesitamos tener criterios y estándares para clasificar estas tecnologías según sus riesgos, de forma clara y transparente. No es cierto que la innovación y la regulación se lleven mal, y un ejemplo es la industria farmacéutica. Por eso decimos que la innovación y las ganancias no son los únicos valores, sino que también debe haber un reclamo de seguridad y una validación previa de estos sistemas sobre, por ejemplo, sesgos que pudiésemos considerar inaceptables”.

Sin embargo, hasta el momento la Declaración de Montevideo no ha tenido una resonancia inmediata en la política. Schapachnik recuerda que, antes de la pandemia, en Argentina se había creado un comité que apuntaba a desarrollar una estrategia nacional de inteligencia artificial: “En aquel momento, las discusiones eran la necesidad de contar con recursos formados, con capacidad de cómputo, algunos planteaban preocupaciones éticas y se hablaba de no quedar atrás en la carrera en este campo. Después vino la pandemia y esos encuentros se interrumpieron, pero es necesario que haya una estrategia de los países de la región en este campo porque son desarrollos que tienen impacto ahora mismo y que pueden profundizar las desigualdades que ya tenemos en América Latina”.



Una política sólo centrada en la regulación del uso de las herramientas de inteligencia artificial dejaría a los habitantes de la región en el rol de usuarios de estas tecnologías. ¿Qué se puede hacer que no sea el trabajo de bajo valor agregado que realizan factorías de software en países de bajos ingresos, como la clasificación humana de imágenes o textos para entrenar mejor a estos modelos? (12). Los “trabajadores invisibles de la inteligencia artificial”, como se ha denominado a estos clasificadores de datos, no son otra cosa que humanos tratados como robots, como alertaba Crawford.

“Hay un gran potencial para desarrollar inteligencia artificial local y a bajo costo para automatizar trabajos rutinarios, es una mentira que es costosa porque además hay mucho software abierto”, dice Benotti, quien destaca otra oportunidad grande para trabajar en la “sintonía fina” que permite adaptar estos grandes modelos de lenguaje a uno en particular, como, por ejemplo, una determinada variante del español. “Eso puede hacer que un sistema de recomendación de productos pueda funcionar mucho mejor que con un modelo genérico”, agrega, y advierte sobre la necesidad de que se formen más especialistas en este campo.

Valor social

Al margen de la academia también surge otro tipo de iniciativas, menos formales pero que favorecen el involucramiento de las personas en este campo. Un ejemplo de instancias de debate y activismo es el Laboratorio Abierto de Inteligencia Artificial (LAIA), en la Ciudad de Buenos Aires, un espacio interdisciplinario de exploración e investigación integrado por programadores, diseñadores, sociólogos, artistas, psicólogos y educadores, entre otros, que se propone explorar, estudiar y discutir sobre los avances tecnológicos de este campo para actuar y participar del debate público de forma crítica (13).

En su libro *Fragmentar el futuro*, el ingeniero y filósofo Yuk Hui advertía sobre la necesidad de “replantear la pregunta por la tecnología y cuestionar los supuestos ontológicos y epistemológicos de las tecnologías modernas, desde las redes sociales hasta la inteligencia artificial”, en clave de poder “vislumbrar en ella el potencial descolonizador y la necesidad de desarrollar y preservar una tecnodiversidad” (14). En este mismo sentido, si América Latina quiere asumir un rol que no sea sólo pasivo en el juego mundial de la inteligencia artificial, probablemente deba cuestionar algunos de los supuestos que ya vienen embebidos en su diseño, una idea con la que cierra la Declaración de Montevideo: “No hay valor social en tecnologías que simplifican tareas a unas pocas personas generando alto riesgo para la dignidad de muchas otras, limitando sus oportunidades de desarrollo, su acceso a recursos y sus derechos”.

1. “Declaración de Montevideo sobre Inteligencia Artificial y su impacto en América Latina”, <https://www.fundacionsadosky.org.ar/declaracion-de-montevideo-sobre-inteligencia-artificial-y-su-impacto-en-america-latina/>
2. “Pause Giant AI Experiments: An Open Letter”, <https://futureoflife.org/open-letter/pause-giant-ai-experiments/>
3. “OpenAI CEO Sam Altman: Letter from Elon Musk, others calling for AI development pause ‘lacked technical nuance’”, www.businessinsider.com/openai-ceo-sam-altman-responds-letter-elon-musk-ai-pause-2023-4
4. “Google fusiona sus poderosos laboratorios de inteligencia artificial en plena carrera comercial con la competencia”, <https://elpais.com/tecnologia/2023-04-21/google-fusiona-sus-poderosos-laboratorios-de->

inteligencia-artificial-en-plena-carrera-comercial-con-la-competencia.html#?rel=lom

5. “The impact of artificial intelligence on the future of workforces in the European Union and The United States of America”, 2022, www.whitehouse.gov/wp-content/uploads/2022/12/TTC-EC-CEA-AI-Report-12052022-1.pdf
6. Kate Crawford, *Atlas de inteligencia artificial: poder, política y costos planetarios*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2022, p. 134.
7. “Inspecting Algorithms for Bias”, www.technologyreview.com/2017/06/12/105804/inspecting-algorithms-for-bias/
8. Alpha Go – The Movie, www.youtube.com/watch?v=GII7zr4sYx4
9. David Beer, “Why humans will never understand AI”, *BBC Future*, www.bbc.com/future/article/20230405-why-ai-is-becoming-impossible-for-humans-to-understand
10. Éric Sadin, *La inteligencia artificial o el desafío del siglo*, Caja Negra, Buenos Aires, 2020.
11. The Global Partnership on Artificial Intelligence, <https://gpai.ai/>
12. “OpenAI Used Kenyan Workers on Less Than \$2 Per Hour to Make ChatGPT Less Toxic”, <https://time.com/6247678/openai-chatgpt-kenya-workers/>
13. Laboratorio Abierto de Inteligencia Artificial (LAIA), www.laia.ar/
14. Yuk Hui, *Fragmentar el futuro. Ensayos sobre tecnodiversidad*, Caja Negra, Buenos Aires, 2020.

* Periodista.

© Le Monde diplomatique, edición Cono Sur

© Le Monde diplomatique, edición Cono Sur.
Capital Intelectual S.A.



Sitio web por Polenta

